

16. Gracias, Maestro

Dijo una vez Andrés Meneses, el inmortal reportero de la revolución cubana, que el periodismo es «ir, ver, anotar, grabar, volver y contar. Punto». Visto así habrá quien piense que es una tarea sencilla y al alcance de cualquiera pero, en realidad, se trata de algo mucho más difícil de llevar a cabo de lo que a simple vista parece. Como, por desgracia, se aprecia más cada día en estos tiempos de la información inmediata y las redes sociales, en los que impera, sobre todo, el cómodo copia-pegar, que tan fácil resulta y tan útil es para lo único que parece importar: ser el primero en contar lo que sea, como sea, y aunque sea de oídas.

Viene esto a cuento para recordar a uno de esos pocos periodistas que hicieron de la fórmula Meneses un auténtico arte: don Javier del Arco, el Maestro (así, con mayúsculas) para todos los amantes del motor en España. En sus crónicas sobre la Fórmula 1, cuya lectura formó parte importantísima de mi adolescencia, Javier del Arco hacía precisamente eso que preconiza la, en apariencia, sencilla fórmula del veterano reportero... y lo hacía, además, de un modo tal que te sentías transportado a cientos o miles de kilómetros, logrando que en tu imaginación se reconstruyesen, paso a paso, sus vivencias en cada uno de esos circuitos sobre los que mis ídolos de juventud se jugaban la vida en una Fórmula 1 mucho

más peligrosa pero también (tal vez quizás, incluso precisamente por ello) infinitamente más fascinante que la actual.

En los años setenta, ser aficionado a la Fórmula 1 en España casi se podría equiparar, por su exotismo, a tener pasión por los toros en cualquier remoto país de la más recóndita África. Por ello, para Del Arco simplemente el hecho de ir, el primer verbo de esos seis con los que Meneses definía la tarea del periodista, ya era un obstáculo de importancia. Un obstáculo que salvaba con su inmensa afición y la ayuda de un fiel SEAT 1430 con el que recorría las carreteras de Europa siguiendo lo que entonces se denominaba el Gran Circo por sus innegables paralelismos en cuanto a vida nómada con el mayor espectáculo del mundo, plantando su carpa cada dos o tres semanas en un sitio distinto. De Monza a Nürburgring, de ahí a Österreichring, Spa o Anderstop, pasando por Mónaco, Dijon, Silverstone o Zandvoort, sin olvidar nuestro ya venerable Jarama o su Montjuic (porque si una pista se debe asociar a la memoria de Del Arco es, sin duda, la de la Montaña Mágica barcelonesa), el circo del automovilismo recorría el viejo continente cada año. Y en cada una de esas citas acababa estando aquel infatigable cronista para poner en práctica los tres siguientes verbos de esa fórmula magistral del periodista: ver, anotar, grabar.

Lo de ver lo hacía Del Arco, además, en el más estricto sentido de la palabra, con visión directa de la acción, situándose a pie de pista en el glorioso Karrousel, la legendaria Parabolica, el vertiginoso Raidillon, el excitante Becketts, la espectacular horquilla de Hugenholtz, la glamurosa curva del Casino o cualquiera de los rincones de su amada pista barcelonesa. La comodidad de las salas de prensa no estaba hecha para él, antes que periodista, aficionado, o mejor diría, apasionado. Tenía que ver a sus ídolos de cerca, separado de ellos por apenas unos centímetros de guardarraíl tras los que se parapetaba para grabar en su retina todo lo que veía (sacando además instantáneas con su inseparable cámara de fotos) y anotar cada detalle en su cuaderno, pasando cuanto antes esos

apresurados apuntes a máquina con la veterana Olivetti, apoyada a veces sobre el capot del SEAT en improvisada oficina donde se empezaban a gestar esos relatos que, a miles de kilómetros, otros locos por las carreras como él esperábamos con impaciencia cada mes.

Quedaba entonces volver, que no era sino otra aventura tan o más desafiante que la de ir, de nuevo recorriendo aquellas carreteras con el cada vez más cansado SEAT para, finalmente, llegar a casa y completar la tarea con lo que para la mayoría es lo más difícil y él hacía mejor que nadie: contarlo. Porque leer una crónica de Javier del Arco era, prácticamente, como haber estado allí junto a él, oyendo el bramar de los Cosworth V8, viendo el brillo del *rosso* Ferrari bajo el sol, oliendo el inconfundible aroma a gasolina, tocando la pegajosa goma de los enormes *slick* Goodyear, empapándote bajo un diluvio en Spa o achicharrándote en un caluroso día de verano en Paul Ricard. Su forma de contarlo era tal que en aquellos tiempos, en los que apenas si se publicaban unas pocas fotos en las revistas (la mayoría en blanco y negro) y, si había suerte, la tele nos hacía llegar, con cuentagotas, unas breves imágenes de algunos Grandes Premios, su relato se convertía en la principal referencia. Y lo era no sólo porque hubiese pocas fuentes de información sino porque, unida a esas sensaciones que te lograba transmitir como nadie, su escritura era de un rigor extraordinario y una atención al detalle máxima. Desde los cuentavueeltas compilados a mano durante la carrera, hasta los números de chasis utilizados en cada sesión de entrenos, pasando por las palabras que intercambiaba con los pilotos, nada se escapaba al ansia de saber y transmitir de Javier del Arco, que compartía con todos nosotros una información a la que, sin él, nunca hubiésemos llegado y en base a la cual aprendimos la mayor parte de lo que ahora sabemos sobre Fórmula 1. Una mezcla magistral de sensaciones y datos que está en la base de nuestro amor por las carreras. Una pasión que, como a él, tampoco nos vino de familia y, al igual que a él, también nos llevó a poco menos que «perder el tiempo» estudiando Ingeniería

Industrial, curiosos paralelismos que, cuando los conocí, me hicieron sentirlo aún más cercano.

Que más de cuarenta años después de haber leído por primera vez un texto suyo, en aquella *Fórmula* de mediados del 75 que me pude comprar con mi propina del domingo, me acuerde de su forma de contar las carreras casi cada vez que me pongo a iniciar una crónica me impulsó el 14 de enero de 2013 a escribir este texto sobre Javier Del Arco en el día en que, finalmente, decidió unirse a sus colegas Denis Jenkinson y Jabby Crombac como enviado especial al Gran Premio del Paraíso. Es mi muy pequeño y modesto homenaje a alguien a quien nunca tuve el placer de conocer en persona y al que, sin embargo, echo de menos como si hubiese sido uno de mis mejores amigos. Al menos me queda su legado, que seguiré atesorando tanto en mi memoria como en forma de unas ya amarillentas y mil veces releídas y manoseadas copias de *Fórmula*, *Vida del Automóvil*, *MotorAuto*, su tan breve como maravillosa *4tiempos* y hasta aquella *Sólo Auto* que sólo compraba para leer sus textos de nuevo, tras muchos años sin poder alimentar mi imaginación con sus palabras. Por todo ello, ¡gracias y hasta siempre, Maestro!



Javier Del Arco entrevistando a James Hunt (foto Sutton Images – archivo JAS infoservice)



Cinco revistas en las que escribió Javier Del Arco (*Fórmula*, *Vida del Automóvil*, *MotorAuto*, *4tiempos* y *SoloAuto*) y su gran obra, el libro de la historia del circuito de Montjuic.

